



¿QUIÉN ES REALMENTE JESÚS? (2 y último)

Para realizar su misión salvífica, Jesús ha querido reunir a los hombres en orden al Reino y convocarlos en torno a Sí. En orden a este designio, Jesús ha realizado actos concretos, cuya única interpretación posible, tomados en su conjunto, es la preparación de la Iglesia que será definitivamente constituida en los acontecimientos de Pascua y Pentecostés. Es por tanto necesario decir que Jesús ha querido fundar la Iglesia.



Cristo tenía conciencia de su misión salvífica. Ésta implicaba la fundación de su *ecclesia*, es decir, la convocatoria de todos los hombres a la familia de Dios. La historia del cristianismo reposa, en último término, sobre la intención y la voluntad de Jesús de fundar su Iglesia. Según el testimonio apostólico, la Iglesia es inseparable de Cristo. Según una fórmula corriente en san Pablo, ser cristiano significa que *“Cristo (está) en vosotros”*, es *“la vida en Cristo Jesús”*: *“todos vosotros sois uno en Cristo”*. Ahora bien, esta unidad irrompible de Cristo con su Iglesia se enraíza en el acto supremo de su vida terrestre: el don de su vida en la cruz. Las parábolas de Jesús y las imágenes de que se sirve para hablar de los que ha venido a convocar, llevan consigo una referencia a la Iglesia implícita.

A la luz del Espíritu, el Evangelio de San Juan ve toda la vida terrestre de Cristo como iluminada por la gloria del Resucitado. Así la mirada sobre el círculo de los discípulos de Jesús se abre ya sobre todos aquellos que gracias a su palabra creerán en Él. Por la fe le están unidos como los sarmientos lo están con la cepa sin la que se secan. Ésta unión íntima entre Jesús y los creyentes (*“vosotros en mí y yo en vosotros”*), tiene, sin duda, su origen en el designio del Padre que *“da”* los discípulos a Jesús, pero se realiza finalmente por el don libre de su vida. El misterio pascual permanece en la fuente de la Iglesia: *“Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí”*

Es necesario afirmar que Jesús ha querido dotar a la comunidad que ha venido a convocar en torno a sí, de una estructura que permanecerá hasta la consumación del Reino. Hay que mencionar aquí, en primer lugar, la elección de los doce y de Pedro como su jefe. Esta elección, de las más intencionales, mira al restablecimiento escatológico (*destino final de la humanidad y destino final del universo.*) del pueblo de Dios que estará abierto a todos los hombres.

La Iglesia tendrá también su oración propia, la que Jesús le ha dado, pero recibe, sobre todo, el memorial de la Cena, centro de la *“Nueva Alianza”* y

de la comunidad nueva reunida en la fracción del pan. A los que Jesús ha convocado en torno a sí, les ha enseñado también un *“modo de obrar”* nuevo, diferente del de los antiguos, del de los paganos, del de los grandes de este mundo.

La conciencia que tiene Cristo de ser enviado por el Padre para la salvación del mundo y para la convocatoria de todos los hombres en el pueblo de Dios implica, misteriosamente, el amor a todos los hombres, de manera, que todos podemos decir que *“el Hijo de Dios me ha amado y se ha entregado por mí”*.

La predicación apostólica implica, desde sus primeras formulaciones, la convicción de que *“Cristo ha muerto por nuestros pecados según las Escrituras”*, que *“se ha entregado por nuestros pecados”* y esto en concordancia con la voluntad de Dios Padre que lo *“ha entregado por nuestras faltas”*. Dios que *“quiere que todos los hombres se salven”*, no excluye a nadie de su designio de salvación que Cristo abraza con todo su ser. Toda la vida de Cristo desde su *“entrada en el mundo”* hasta el don de su vida es un único *“por nosotros”*. Así lo ha predicado la Iglesia desde el comienzo.

“Si ha muerto por nosotros”, es que nos ha amado, *“Cristo nos ha amado y se ha entregado por nosotros como oblación”*. Este nosotros son todos los hombres que quiere unir en su Iglesia: *“Cristo ha amado a la Iglesia y se ha entregado por ella”*. Ahora bien, la Iglesia no ha comprendido este amor como una actitud general solamente, sino como un amor tan concreto que mira a cada uno personalmente. Así ve la Iglesia las cosas cuando oye a San Pablo recordar el respeto a los *“débiles”*: *“No vayas por un alimento a causar la pérdida de aquel por quien Cristo ha muerto”*.

Los testimonios apostólicos recordados aquí arriba en favor de una muerte amante de Jesús, de manera completamente personal, por nosotros, *“por mí”* y mis hermanos engloban en una sola mirada el amor sin límites del Hijo de Dios preexistente, que al mismo tiempo es reconocido como el Señor glorificado. El *“por nosotros”* amante de Jesús tiene su fundamento en la preexistencia y se mantiene hasta el amor del Glorificado que – después de habernos amado en su encarnación y en su muerte- ahora *“intercede por nosotros”*. El amor preexistente de Jesús es el elemento continuo que caracteriza al Hijo en todas estas tres etapas (preexistencia, vida terrena, existencia glorificada).

Este amor que toda la vida de Jesús demuestra, se nos presenta en primer lugar como universal en el sentido de que no excluye a nadie de los que vienen a él. En el corazón de nuestra fe se encuentra este misterio: la inclusión de todos los hombres en este amor eterno con que Dios ha amado al mundo hasta dar a su propio Hijo. *“Se trata de cualquier hombre, ya que cada uno está comprendido en el misterio de la Redención y por este misterio Cristo se ha unido con él para siempre”*.

✚ Texto tomado de la Congregación para la Doctrina de la Fe, *El misterio del Hijo de Dios. La conciencia que Jesús tenía de sí mismo y de su misión.* Card. Joseph Ratzinger